

Recordarán su natalicio y día en que murió en prisión

DOMINGO GÓMEZ ROJAS, *poeta que venció al olvido*

Al cumplirse 101 años de su nacimiento, el 4 de agosto de 1896, o 77 de su muerte, el 29 de septiembre de 1920, el Grupo Fuego de la Poesía rendirá un homenaje a José Domingo Gómez Rojas, el joven vate que falleciera a los 24 años de edad en la Casa de Orates, lugar al que el día anterior había sido enviado desde la Penitenciaría.

Allí, a ese recinto carcelario, el poeta-símbolo de una juventud movilizadora por la causa de la justicia social, había sido enviado junto a dirigentes obreros, acusado de poner en peligro la seguridad interior del Estado, un 25 de julio de 1920. Se le engrilló, estuvo incomunicado largo tiempo a pan y agua, fue torturado y por el frío de la mazmorra en que estaba recluso enfermó de pulmonía, llegando a delirar porque la fiebre lo consumía. Declarado loco, fue trasladado a morir horas después a la Casa de Orates. Pero antes, en su celda, tapizó los muros con poesía de su creatividad, algunos de cuyos versos entregamos en estas páginas.

La idea de un homenaje público a Domingo Gómez Rojas tuvo su génesis en la escritora Magdalena Fuentes, quien se la planteó a la dirigente de la SECH, Virginia Vidal, escritora y periodista, que tras pasó la inquietud -ya también hecha suya- a José Miguel Vicuña, el que a su vez comprometió al Grupo Fuego de la Poesía. Luego, se conversó con la Casa de la Cultura de la Municipalidad de Recoleta, acordándose que en la plazoleta-parque que lleva su nombre, y que está situada en el rectángulo Bellavista, Purísima y las veredas que enfrentan al río Mapocho y la Escuela de Derecho, se colocaría una piedra con el nombre del poeta.

Así, a esa cadena de personas y agrupaciones deseosas de recordar al autor de «Miserere», se estarían sumando la FECH, el Teatro de Barrio de Rubén Sotoconil y la Escuela de Canteros. Y nosotros, SAFO, con nuestras páginas (porque siempre sumar ha sido mejor que restar), y es de esperar que también el Liceo Barros Borgoño y el Pedagógico, donde Domingo Gómez Rojas cursó sus humanidades y sus estudios para profesor de Castellano, respectivamente.

La fecha exacta aún no está decidida, siendo las alternativas el día de su nacimiento o el de su trágica muerte, a los 24 años, en la flor de la edad y de su maravillosa creatividad, en tiempos convulsionados, cuando en otras latitudes emergían las revoluciones mejicana y rusa y en Chile hervía la cuestión social, con agitadores de la talla de Luis Emilio Recabarren y el León de Tarapacá.

Domingo Gómez Rojas fue, además de un gran poeta, un agitador de masas, un luchador por las emergentes ideas socialistas que siempre aparecía ligado a los grandes grupos anarquistas de la época, caracterizándose por su elevado sentido de la ética y la consecuencia.

HIJO DE LA POBREZA

Fisicamente, la descripción de él que entrega el historiador Carlos Vicuña, en «La Tiranía en Chile», señala que «era un jovencito moreno, pálido y delgado, pequeño de cuerpo, de grandes ojos negro y vivaces» y que su niñez la vivió en una pieza de conventillo, con una hermana menor y su madre, una mujer de pueblo que pese a su pobreza se esmeró en educarlo bien, consiguiendo que llegara a la universidad.

Ligado a la I.W.W., siglas que a nivel mundial aglutinaban a importantes grupos de trabajadores que pugnaban por derrotar la injusticia social, fue apresado por aparecer firmando algunos de sus documentos, en calidad de Secretario de Actas. Un juez de apellido Astorquiza lo interrogó, preguntándole, según Carlos Vicuña:

- ¿Es Ud. anarquista?

Y Gómez Rojas, agigantado moralmente en su talla mínima, le contestó con gran calma, con una imperceptible sonrisa de desdén:

- No tengo, Sr. Ministro, suficiente disciplina moral para pretender ese título, que nunca mereceré.

Tras su respuesta, el magistrado se encolerizó y subiendo el tono de su voz lo acusó de haber «atentado contra la seguridad interior del Estado», frente a lo cual Domingo le espetó, interrumpiéndole:

- ¡No hagamos teatro, Sr. Ministro!...

Indignado, el juez ordenó sacarlo de la sala, engrillarlos e incomunicarlos a pan y agua durante 8 días.

De prisión, el poeta y líder juvenil que entre los años 1915 y 1920 ocupó el primer plano de la poesía y la efervescencia obrero-estudiantil, sólo salió para ir definitivamente a morar al Cementerio General.

«No estaba loco. Deliraba por la fiebre de la pulmonía que contrajo en la cárcel», señala el escritor José Miguel Vicuña, hijo del historiador Carlos Vicuña y organizador del acto que se rendirá próximamente en su memoria, quien nos proporcionara la documentación que respalda esta crónica.

Y añade:

«Es un héroe de la juventud. Fue, en su tiempo, una bandera de lucha, un poeta símbolo».